

Discurso Rector
Carlos Ignacio Salvadores de Arzuaga
Colación de Grado
Campus Universitario "Nuestra Señora del Pilar"

Señoras, señores, queridos graduados:

Una vez más, la Universidad del Salvador nos regala a quienes la conducimos el gusto de participar de una ceremonia de colación de grados. Compartimos la alegría apenas contenida de quienes se gradúan.

Atrás quedan, los nervios de los exámenes, las noches sin dormir, la tristeza por alguna baja calificación, el alivio por algún aprobado del que se dudaba. También percibimos la emoción de los familiares, amigos y allegados de estos nuevos profesionales. Todos, en mayor o menor medida, acompañaron su carrera y vivieron cada una de sus emociones.

Déjenme decirles que nosotros, los que seguimos en la Universidad cuando cada camada egresa, también nos sentimos alegres y emocionados, aunque ya nos haya tocado estar muchas veces en momentos como éste.

Alguien podría dudar de lo que digo y hablar de rutina.

Puedo responder, a quien piense de ese modo, que nos sucede lo mismo que al hombre y la mujer de campo ante cada cosecha, o al creyente cristiano que año tras año se enternece ante la Navidad o expresa su gozo en la Pascua de Resurrección.

Puede ser que haya que hablar de una rutina, pero el ser humano necesita este tipo de rutinas para que su vida tenga realmente sentido.

Por ello no me refiero a la rutina como hechos o acontecimientos repetitivos hasta automáticos, sino que señalan un camino, un orden consciente que nos ordena.

Ustedes, graduados, continuarán su trayectoria profesional en diferentes ámbitos. Vivirán nuevas experiencias, nutrirán sus mentes con conocimientos permanentemente incorporados.

Atravesarán momentos buenos y de los otros.

Pero siempre tendrán al alcance de su memoria y de su corazón lo que se llevan hoy de esta Casa: además de los saberes propios de cada carrera, un modo particular de encarar la vida.

Y es probable que algunos superen circunstancias difíciles recordando de su paso por las aulas ese modo, ese estilo, esa identidad que la historia impone a nuestra Universidad del Salvador.

Eso ocurrirá porque nunca renegamos de nuestra esencia ignaciana, de nuestra impronta jesuita, que nos llama a ejercer siempre el don valioso del discernimiento.

Porque creemos en lo que postula nuestra Carta de Principios, redactada más de medio siglo atrás por quien luego sería nada menos que el Papa Francisco.

Porque hemos mantenido y mantendremos la presencia de Dios en la enseñanza para la búsqueda de la Verdad, razón de ser de toda Universidad occidental desde la Edad Media.

Porque ejercemos y reclamamos de nuestros alumnos que ejerzan el espíritu crítico, ése que nos salva de difundir supuestos saberes sin sustento y presuntas verdades que no son sino esnobismos, que hoy atrapan y mañana son material de desecho del que nadie se hace cargo.

Porque a la ciencia que brindamos a la mente le agregamos la virtud que va dirigida al corazón.

Los seres humanos no somos razón únicamente, ni siquiera principalmente: tenemos un cuerpo y un alma con el que el Creador quiso dotarnos.

Además, sabemos que el ser profesionales nos sitúa en una dimensión social ineludible.

Nos corresponde servir a la comunidad a la que pertenecemos con lo que aprendimos.

Después de todo, a cada uno de ustedes, como a cada uno de nosotros, nos cabe la fuerte pregunta de San Pablo a los Corintios: ¿Qué tenemos, que no hayamos recibido?

Nuestra Universidad está desde su creación, hace ya casi 70 años, muy firmemente enraizada en la comunidad en que actúa y de la que se nutre.

Ese apego le ha permitido eludir la peligrosa tentación de echar mano a recetas de otros para resolver problemas nuestros.

Por supuesto: después de esa opción los problemas empeoran, pero ya es tarde, el daño está hecho.

Otro rasgo que la ha caracterizado es el de atender a cada situación, a cada persona, con la mente abierta y la voluntad de encontrar soluciones aplicables.

Este criterio es la antítesis de la tendencia racionalista a atarse a leyes generales, cuando ya un siglo atrás el genial Chesterton enseñó que las leyes generales resuelven todos los problemas... menos los concretos.

Voy terminando. Ciencia y virtud, entonces, es lo que les ha propuesto nuestra Universidad. En otras palabras: saber y amar.

Conocimientos, claro que sí, pero al mismo tiempo la sensibilidad suficiente para aplicarlos del modo más útil a nuestros semejantes.

Eso los hará cada vez mejores profesionales, porque los estará haciendo cada vez mejores personas.

Nuestro secreto, por decirlo así, consiste en estar siempre abiertos a lo nuevo sin perder el arraigo a lo que probadamente nos es propio.

Ir hacia lo nuevo sin prejuicios paralizantes, pero sin renegar de nuestros fundamentos personales y como comunidad.

Queridos graduados: ustedes están hoy aquí porque perseveraron en el esfuerzo.

Mantengan encendida la llama de la vocación, porque ese llamado es el antídoto ante cualquier desánimo.

Y una última sugerencia, en tono de certeza: No olviden que la Universidad sigue teniendo que ver en sus vidas.

No duden en venir cuando lo crean necesario.

Aquí estaremos, nosotros o quienes nos continúen, porque tenemos un legado que nos trasciende: oponer a la cultura del descarte, del sálvese quien pueda, del individualismo descarnado y antihumano, la cultura del encuentro, la única que puede salvarnos de la disgregación que hoy nos agobia como humanidad.

Parafraseando al célebre graduado de esta Universidad, el Papa Francisco: Sueñen, no dejen de soñar, sueñen en grande, sueñen que cambiaran el mundo.

Les deseo de todo corazón que Dios los bendiga y que San Ignacio de Loyola los guíe.
Nada más, muchas gracias